

DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN

Cuadernos del Concilio

*Materiales para la preparación
del Jubileo 2025*



Adquiere el volumen completo
con los 34 *Cuadernos* en:

www.bac-editorial.es

CONSTITUCIÓN PASTORAL
GAUDIUM ET SPES
SOBRE EL MUNDO ACTUAL

CUADERNO 28



CUADERNO 28
AUTONOMÍA Y SERVICIO
(GS 33-45)

FRANCESCO ANTONIO GRANA

I. LA TENTACIÓN DE REEMPLAZAR A DIOS

¿Los hombres contemporáneos pueden decidir reemplazar a Dios? Es la pregunta fundamental de todos los que, apoyándose sobre todo en la evolución tan rápida y extraordinaria de las tecnologías, se sitúan en el centro del universo, convencidos de poder bastarse a sí mismos. No es una cuestión nueva que ha nacido y se ha desarrollado con el avance de los descubrimientos científicos, sino que está en el génesis de la creación. De hecho, Adán y Eva fueron los primeros en querer reemplazar a Dios; creían que no le necesitaban, que podían hacerlo todo ellos dos solos, que eran autosuficientes y pensaban que el Creador era un obstáculo, una barrera inaguantable para su evolución física, pero sobre todo intelectual. Es el espejismo que condena al hombre desde el principio de los tiempos: ser su propio dios. Es, además, un problema antiguo, bien enfocado en la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo *Gaudium et spes*, promulgada por el Concilio Ecuménico Vaticano II bajo el pontificado de san Pablo VI el 7 de diciembre de 1965, en vísperas del cierre de esta asamblea tan extraordinaria que había pedido san Juan XXIII al principio de su papado y que empezó el 11 de octubre de 1962.

1. **La experiencia de la pandemia**

Las preguntas existenciales han sido retomadas y desarrolladas en uno de los documentos más importantes de san Juan

Pablo II: su penúltima encíclica llamada *Fides et ratio* firmada en 1998 (cf. R. FISICHELLA, *Dentro di me il tuo nome*, Cinisello Balsamo 2020). Uno de los que mejor conocen el génesis de este texto es el cardenal Joseph Ratzinger, que en aquel entonces era el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Ahora la atención está enfocada principalmente en los números 33-45 de la *Gaudium et spes*, con la intención de leerlos a la luz del magisterio de la Iglesia, y por supuesto especialmente a la luz de los pontífices del posconcilio, y en vísperas del Jubileo de 2025. En efecto, el papa Francisco ha querido que el camino de preparación hacia el Año Santo se base en el redescubrimiento del Vaticano II, puesto que ha sido y sigue siendo la brújula de la Iglesia católica contemporánea. Una época en la que el ser humano, sobre todo por culpa de la pandemia de la covid-19, ha tenido que admitir su impotencia, especialmente frente a las tragedias impredecibles del mundo de hoy en día. De hecho, los hombres creían que podían gobernar lo que fuera en este mundo, gracias también a las tecnologías que han derribado muchas barreras físicas, haciendo que la Tierra se convierta de verdad en una realidad globalizada. En cambio, la pandemia ha invertido de forma radical, rápida y violenta esta idea efímera, destruyendo toda muralla defensiva, haciendo que el hombre descubra (o, mejor dicho, redescubra) su terrible caducidad, incrementando notablemente y de manera vergonzosa la brecha entre las pocas personas ricas, las que enseguida pudieron pagar para vacunarse, y los muchos, demasiados pobres que a día de hoy todavía no tienen libre acceso a los tratamientos.

El silencio ensordecedor de las ciudades de todo el planeta en la temporada de cuarentena hizo que el hombre se sintiera muy pequeño, solo e indefenso frente a la enormidad de la creación, que día tras día se ve violentada por él sin ningún freno y de forma masoquista, ya que ha perjudicado su existencia y la de las generaciones futuras. Los creyentes pudieron encontrar consuelo en Dios. Así se vio en la extraordinaria y conmovedora oración por el fin de la pandemia, la *Statio orbis*, del 27 de abril de 2020 que el papa Francisco presidió en una desierta y lluviosa plaza san Pedro. Una imagen, o tal vez la imagen del pontificado de Bergoglio. Un grito de esperanza para la pandemia que, a todos

los efectos, ha sido la epidemia del tercer milenio. Algo que ha pillado desprevenido a todo el mundo, nadie estaba preparado en absoluto. Hemos visto imágenes espantosas: colas interminables de ataúdes llevadas por camiones del ejército, hombres y mujeres ingresados en la UCI, lejos de sus seres queridos, personas que murieron sin poder despedirse de sus familiares y sin tener ningún entierro.

¿Dónde estaba Dios en aquellos meses? Estaba crucificado, una vez más, en todos los que luchaban contra ese mal terrible y oscuro; en todos los que estaban solos; en toda la gente que se esforzó de todas las maneras posibles para estar allí y ayudar a los que estaban en dificultad. Un pueblo invisible de héroes anónimos: «médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos y tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo» como remarcó el papa el 27 de marzo de 2020. Lo enseña el Vaticano II cuando, en *Gaudium et spes*, en el número 34, afirma que «los hombres y mujeres que, mientras procuran el sustento para sí y su familia, realizan su trabajo de forma que resulte provechoso y en servicio de la sociedad, con razón pueden pensar que con su trabajo desarrollan la obra del Creador, sirven al bien de sus hermanos y contribuyen de modo personal a que se cumplan los designios de Dios en la historia».

2. **Mirar hacia el horizonte**

Por tanto, como explica el Concilio, «los cristianos, lejos de pensar que las conquistas logradas por el hombre se oponen al poder de Dios y que la criatura racional pretende rivalizar con el Creador, están, por el contrario, persuadidos de que las victorias del hombre son signo de la grandeza de Dios y consecuencia de su inefable designio». Los cristianos no están llamados a encerrarse en sus pequeñas y miserables seguridades, sino que tienen que mirar hacia el horizonte, atreverse, manteniendo los pies firmes en el suelo, pero sin dejar que sus miedos los vinculen. Sobre todo, están llamados a no mirar solo hacia ellos mismos, sino a

trabajar para el bien de los demás. Esta exhortación no se dirige simplemente a los que se dedican a la vida política o a la sociedad, sino que son imperativos para todos los hombres. De hecho, a cada uno se le pide ser como el buen samaritano del evangelio. Cada uno está llamado a ayudar, es más, a amar a su prójimo, sea quien sea. Lo enseñaba con su testimonio de vida la beata María Ludovica de Angelis, misionera de la congregación de las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia de Savona, que nació en 1880 y murió en 1962. Fue elevada al honor de los altares por san Juan Pablo II en 2003. La religiosa siempre decía: «Hacer el bien a todos, no importa a quién». Cada día vivía su famosa máxima. Es un imperativo muy incómodo, y de hecho también lo son todas las enseñanzas de Jesús, pero es esencial para llegar a realizar esa fraternidad a la que toda la humanidad aspira. En efecto, el hombre no ha sido creado para matar a sus semejantes (como se puede ver perfectamente en la sangrienta y blasfema guerra de Ucrania), sino para amarlos y crecer en paz junto a ellos. Para un cristiano es fundamental trabajar para el bien común, amando al prójimo como a uno mismo. Lo remarca de forma muy eficaz la *Gaudium et spes*: «El hombre vale más por lo que es que por lo que tiene» (GS 35). Desafortunadamente a día de hoy se ha difundido la creencia opuesta, es decir que el hombre es digno de respeto solo si posee mucho dinero y bienes, y es necesario presumir la riqueza para que la sociedad te admire y te valore. Hay muchas personas que hasta llegan a endeudarse para casarse con fiestas muy lujosas o para irse a viajes de turismo exclusivos que en realidad no podría permitirse. Todo esto para hacer alarde de una riqueza que no existe, a través de fotos que suben a las redes sociales y que envían a amigos. Riqueza que acaba siendo doblemente efímera, sobre todo porque esconde una increíble aridez del alma. Hay gente que llega a hacerse fotomontajes con tal de acreditarse entre sus conocidos como clientes de lugares lujosos. En este caso la tecnología no ayuda al hombre a ser consciente de lo que es importante de verdad, sino que se convierte en cómplice de una fanfarronería que revela la fragilidad humana. ¿Cuáles son las cosas que de verdad tienen valor en la vida? ¿Por qué se necesita ir detrás de estos falsos mitos que la sociedad y la multitud imponen? Casi parece que apostar contra el consenso es dema-

siado sofocante, como si fuera una condena perpetua a quedarse confinado en el olvido, destinado a no volver a contar con los lugares donde se suele vivir.

II. SECULARIDAD Y SECULARIZACIÓN

1. La quimera de la emancipación

Hay otro tema en el que el Vaticano II se enfoca con mucha atención y es el deseo incesante e incorrecto del hombre de apartarse del mundo religioso. La tentación de creer que la criatura se independiza de verdad si se aleja, o hasta si niega a su Creador. Nada distinto con respecto a la historia de Adán y Eva. La *Gaudium et spes* enseña que

[...] la investigación metódica en todos los campos del saber, si está realizada de una forma auténticamente científica y conforme a las normas morales, nunca será en realidad contraria a la fe, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en un mismo Dios. [...] Son, a este respecto, de deplorar ciertas actitudes que, por no comprender bien el sentido de la legítima autonomía de la ciencia, se han dado algunas veces entre los propios cristianos; actitudes que, seguidas de agrias polémicas, indujeron a muchos a establecer una oposición entre la ciencia y la fe (GS 36).

A este respecto, es importante releer lo que escribió Karol Wojtyła en la encíclica *Fides et ratio*, en la que remarcaba que fe y razón no están una en contra de la otra, sino que son dos caras de la misma moneda: «La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad». En efecto, es fundamental lo que resalta el Vaticano II: «La criatura sin el Creador desaparece» (GS 36). Desde luego, ¡nada que ver con la idea de que la emancipación del hombre con respecto a Dios, su autonomía frente a él, lleva a la evolución del hombre! Y que sin este desapego de la criatura hacia su Creador es imposible una maduración auténtica del ser humano, física, pero sobre todo intelectualmente. Al igual que pensar

que el intelecto puede alcanzar objetivos muy altos y el hombre conquistar horizontes lejanos con descubrimientos científicos y tecnológicos impensables, solo después de haber dado el paso de separarse del Señor. De esta manera, el creyente se condena a ser como inválido por definición con respecto a cualquier persona no creyente y se le excluye de muchos conocimientos que la propia mente humana puede conquistar. Fe y razón no están en contraste, sino que son aliados y el creyente no está limitado en la evolución por culpa de su fe. Es más, en los avances descubre y contempla la grandeza del Creador que comparte su sabiduría con su criatura y le permite saborear esos conocimientos que la mente humana, a diferencia de la de otros seres vivos, puede valorar y utilizar por su bien y el de la comunidad entera. Desafortunadamente, es evidente que esto no siempre ocurre y que el hombre a lo largo de los siglos ha usado el poder que derivaba de los descubrimientos científicos para armar guerras y matar a su semejante. Eso ha sido muy evidente con las armas nucleares. Todo lo bueno que las tecnologías y los desarrollos científicos pueden hacer para la humanidad y fraternidad de los pueblos, no excluye un uso distorsionado y malvado de ellos. En estos temas, el creyente está un paso por delante, alumbrado por la luz de la fe, pero no para tener una relación de pura y simple filantropía, sino para ver en el otro a un hermano a quien amar, creado como él a imagen y semejanza de Dios. Es un camino de maduración progresiva, no exento de dificultades, que el creyente está llamado a recorrer para nacer en la fe y así llegar a tener una fe adulta, como diría Joseph Ratzinger.

2. **Inclinarse hacia el hermano**

El Vaticano II enseña que «la norma cristiana es que hay que purificar por la cruz y la resurrección de Cristo y encauzar por caminos de perfección todas las actividades humanas, las cuales, a causa de la soberbia y el egoísmo, corren diario peligro» (GS 37). Es un camino diario que, a la luz del misterio redentor del Hijo de Dios, lleva al creyente a releer su historia y la de la humanidad, y a entender el bien y el mal en una lucha eterna; a luchar contra el segundo y a contribuir a la victoria del primero,

alumbrado por la luz del Evangelio. Todo esto lo hace viviendo plenamente su humanidad, como hizo Jesús, el hombre perfecto, pero con la ayuda de la revelación divina, en un constante examen de conciencia a la luz de las enseñanzas evangélicas. En efecto, no existe un cristianismo sin Cristo, así como no existe un cristianismo que no alabe el amor hacia el hermano y a la paz entre todos los seres humanos. De lo contrario, se trata de una herejía, o mejor dicho de una enseñanza blasfema que ofende al Dios cristiano, que es el Dios de la paz y del amor. Una enseñanza que no tiene nada bueno para regalar al hombre que ya está constantemente tentado por el pecado, por la maldad, por la violencia y por el odio fratricida.

«Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó...» (Lc 10,25-37). Cuántas veces hemos escuchado la historia del buen samaritano; a la pregunta del legista sobre quién podía ser su prójimo, Jesús no contesta con teorías abstractas, sino con una parábola, con una historia. Jesús no utiliza definiciones más o menos eruditas; era un hombre sabio, podría haberlo hecho, en cambio ofrece una imagen eficaz y a la vez difícil de poner en práctica, sobre todo en el ajeteo de la vida de todos los días y en la desconfianza del tiempo presente: inclinarse hacia las heridas del hermano herido sin cuestionarse nada. En efecto, ser creyentes no significa ser teóricos de todo lo sagrado, sino hombres y mujeres concretos. Significa testificar con las obras antes que con las palabras, que muy a menudo son inútiles, retóricas e hipócritas. ¡Cuántas homilías tan bonitas y qué pocos testimonios concretos de parte de los que demuestran tan excelentes capacidades oratorias! Los cristianos saben que no es así que se pone en práctica la fe. No se vive llevando en el cuello cruces o rosarios y en los bolsillos pequeñas imágenes lejanas como si fueran amuletos o talismanes de la suerte. La cruz de Cristo tiene que hacerse carne; no hay que presumirla, sino vivirla en la vida diaria, en casa, en la escuela, en el trabajo, sea donde sea que estemos llamados a vivir y entonces también a ser testigos de nuestra fe. En las parroquias también, donde a menudo rivalidades y celos de curas o de laicos, le quitan espacio y tiempo al anuncio cristiano.

Los papas, los cardenales y los obispos llevan la cruz en el pecho, y algunos religiosos y religiosas también. Pero no es un

adorno más o menos bonito, más o menos artístico, más o menos valioso. Es un anuncio de salvación: Jesucristo, el que está allí crucificado, ha resucitado. Y en esa resurrección cada hombre está invitado a ver y a creer en su resurrección, en su salvación, en su liberación definitiva del mal. Por eso ayudar al prójimo no es simple y encomiable filantropía, sino reconocer a Jesús sufriendo y abandonado en cada hermano necesitado. Lo recuerda una página del evangelio:

Entonces dirá el rey a los de su derecha: «Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme». Entonces los justos le responderán: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?». Y el rey les dirá: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,34-40).

Esto es exactamente lo que nos ha enseñado con su testimonio santa Teresa de Calcuta, quien recibió una vocación en la vocación, la de vivir entre los más pobres de los pobres, amándoles porque en ellos reconoció a Jesús sufriendo y moribundo en la cruz que tenía sed. Una sed que no era solo física, como la que padecen muchos hermanos necesitados, sino también a menudo una sed de humanidad y de justicia. Y es terrible cuando todo esto se deniega. Lo enseñaba san Pablo VI en su encíclica *Populorum progressio* de 1967: «Los pueblos hambrientos interpelan hoy, con acento dramático, a los pueblos opulentos. La Iglesia sufre ante esta crisis de angustia, y llama a todos, para que respondan con amor al llamamiento de sus hermanos» (PP 3). Y el papa Francisco más de una vez ha invitado a los fieles a tocar la carne de los pobres cuando dan limosna. Hay personas que viven en la Iglesia con ellos. Hay muchos ejemplos, como el de la comunidad de San Egidio fundada en 1968 por Andrea Riccardi

y presidida por Marco Impagliazzo; o también del Circolo San Pietro, el brazo operativo de la caridad del papa en Roma, fundado en 1869 por el beato Pío IX. Pero hay también muchos particulares o pequeñas asociaciones que son testigos diariamente en el silencio su amor y su cercanía hacia los pobres. Son el rostro más bonito de la Iglesia, sobre todo de esa parte del laicado comprometido que el Vaticano II elogiaba en el decreto conciliar *Apostolicam actuositatem* de 1965.

III. LA IGLESIA EN EL MUNDO

1. El camino de apertura al mundo

La intuición tan genial y profética de san Juan XXIII fue la de abrir las puertas de la Iglesia al mundo contemporáneo. La constitución *Gaudium et spes* ofrece un signo concreto de esta voluntad de Angelo Giuseppe Roncalli. Como es sabido, su visión era eclesial, aunque no pudo verla aplicada con sus propios ojos: eso fue deber de su sucesor directo, Giovanni Battisti Montini, que dirigió con mano firme el Vaticano II, pero también y sobre todo la fase del inminente posconcilio. En *Gaudium et spes* se dibuja de manera eficaz la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo con la reciproca relación que tiene que haber entre estas dos realidades en una profunda ósmosis. El compromiso misionero es acentuado poderosamente por Francisco y bien definido en el texto programático de su pontificado, la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, que debe mucho al documento de Aparecida (síntesis de los trabajos de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe que tuvo lugar en 2007 con el que entonces era cardenal arzobispo de Buenos Aires, Jorge Mario Bergoglio, entre los principales protagonistas), pero también a la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (1975) de san Pablo VI (cf. W. INSERO, *Il popolo secondo Francesco*, Ciudad del Vaticano 2018). Una dimensión misionera que se ha unido con la sinodal después de la renovación del Sínodo de los Obispos que pidió el papa Francisco, instituido por Montini en 1965 en las fases finales del Vaticano II. Bergoglio ha reformado

esta institución con la constitución apostólica *Episcopalis communio*, publicada en 2018.

La Iglesia católica es una realidad suspendida entre el cielo y la tierra. En ella, conviven constantemente inmanencia y trascendencia. Cuando se mira hacia la institución eclesial, no se puede omitir esta característica peculiar que tiene, de lo contrario no se podría comprender del todo; de hecho, se malinterpreta su naturaleza constitutiva, es decir su actividad: se leen de manera equivocada sus acciones. Aun así, esto no significa que la Iglesia no tenga interés ninguno para la realidad terrena, siendo atraída exclusivamente por la dimensión escatológica. La Iglesia, en cambio, está encarnada en la vida diaria, donde el hombre vive y actúa.

Al buscar su propio fin de salvación, la Iglesia no solo comunica la vida divina al hombre, sino que además difunde sobre el universo mundo, en cierto modo, el reflejo de su luz, sobre todo curando y elevando la dignidad de la persona, consolidando la firmeza de la sociedad y dotando a la actividad diaria de la humanidad de un sentido y de una significación mucho más profundos. Cree la Iglesia que de esta manera, por medio de sus hijos y por medio de su entera comunidad, puede ofrecer gran ayuda para dar un sentido más humano al hombre a su historia. La Iglesia católica de buen grado estima mucho todo lo que en este orden han hecho y hacen las demás Iglesias cristianas o comunidades eclesiales con su obra de colaboración (GS 40).

Las dos dimensiones, la inmanente y la trascendente, están constantemente dialogando, exactamente porque la Iglesia

[...] tiene asimismo la firme persuasión de que el mundo, a través de las personas individuales y de toda la sociedad humana, con sus cualidades y actividades, puede ayudarla mucho y de múltiples maneras en la preparación del Evangelio (*ibid.*).

Un intercambio y una ayuda mutua en los entornos en los que viven tanto la Iglesia como el mundo. Reciprocidad que, como demuestra el Vaticano II, tiene que ver también con otras confesiones religiosas en una dimensión ecuménica e interreligiosa.

2. La reforma de las estructuras eclesiológicas

Las estructuras eclesiológicas no pueden convertirse en barreras, sino que tienen que ser un medio para anunciar el Evangelio. Rigideces, burocracia y funcionalismo no pueden ser la característica principal de las instituciones eclesiales. Francisco lo ha repetido con fuerza sobre todo en los discursos a la curia romana. Las congregaciones generales, es decir las reuniones de cardenales electores y no electores que adelantaron el Cónclave de 2013, habían pedido con fuerza este replanteamiento. Francisco, una vez elegido, hizo suya esta petición y ha llegado a concretarla en la constitución apostólica sobre la curia romana, *Praedicate evangelium*, que entró en vigor el 5 de junio de 2022. Un trabajo que ha durado nueve años, empezó significativamente el 13 de abril de 2013, justo un mes después de la elección de Bergoglio al solio de Pedro, y fue publicada el 19 de marzo de 2022, día de la solemnidad de san José, patrón de la Iglesia universal, el mismo día en el que Francisco celebró en la plaza san Pedro la misa de comienzo de su pontificado. Es la tercera constitución de la curia romana que se ha emitido después del Concilio Vaticano II. En 1967 san Pablo VI había promulgado la *Regimini ecclesiae universae* y en 1988 san Juan Pablo II había publicado la *Pastor bonus* que ahora, como ha explicado la sala de prensa de la Santa Sede, «queda totalmente derogada y sustituida [...] de este modo la reforma de la curia romana encuentra su forma completa».

Cada institución curial —como se lee en la constitución apostólica— cumple su misión en virtud de la potestad recibida del romano pontífice, en cuyo nombre opera con potestad vicaria en el ejercicio de su *munus primacial*. Por eso, cualquier fiel puede presidir un dicasterio o un organismo, teniendo en cuenta la particular competencia, potestad de gobierno y función de estos últimos (PE 5).

Todo cristiano, en virtud del bautismo, es discípulo-misionero «en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús». [...] Esto no puede ser ignorado en la actualización de la curia, cuya reforma, por tanto, debe prever la participación de los laicos, incluso en funciones de gobierno y res-

ponsabilidad. Su presencia y participación es también esencial, porque cooperan por el bien de toda la Iglesia y, por su vida familiar, por su conocimiento de las realidades sociales y por su fe, que les lleva a descubrir los caminos de Dios en el mundo, pueden hacer contribuciones válidas, especialmente cuando se trata de promover la familia y el respeto de los valores de la vida y de la creación, del Evangelio como fermento de las realidades temporales y del discernimiento de los signos de los tiempos (PE 10).

3. Un constante deseo de Dios

La constitución *Gaudium et spes* remarca que «el hombre, atraído sin cesar por el Espíritu de Dios, nunca jamás será del todo indiferente ante el problema religioso, como lo prueban no solo la experiencia de los siglos pasados, sino también múltiples testimonios de nuestra época» (GS 41). El hombre tiene una necesidad religiosa connatural, hasta cuando no es consciente de ello. La liturgia lo explicita de manera especial en la octava intención de la oración de los fieles: «por los que no creen en Dios», en la celebración de la pasión del Señor cada Viernes santo: «Dios todopoderoso y eterno, que creaste a todos los hombres para que, deseándote siempre, te busquen y, cuando te encuentren, descansen en ti, concédeles, en medio de sus dificultades, que los signos de tu amor y el testimonio de las buenas obras de los creyentes los lleven al gozo de reconocerte como el único Dios verdadero y Padre de todos los hombres». A este respecto, es fundamental lo que enseña el Vaticano II: «El que sigue a Cristo, Hombre perfecto, se perfecciona cada vez más en su propia dignidad de hombre». El cristianismo no es una religión abstracta, sino que se encarna en la realidad. El papa León XIII tuvo la feliz intuición de inaugurar la doctrina social de la Iglesia católica con la encíclica *Rerum novarum* de 1891. Un documento que san Juan Pablo II quiso celebrar en 1991, en el centésimo aniversario de su publicación, con la encíclica *Centesimus annus*. Aunque Wojtyła ya había celebrado su nonagesimo aniversario en 1981, con otra encíclica: *Laborem exercens* (cf. R. FISICHELLA, *Dentro di me il tuo nome*, cit.).

Gaudium et spes alcaza que «la Iglesia puede rescatar la dignidad humana del incesante cambio de opiniones que, por ejemplo, deprimen excesivamente o exaltan sin moderación alguna el cuerpo humano» (GS 41). Una enseñanza que siempre es actual si pensamos en todos los jóvenes de hoy que muchas veces no aceptan su cuerpo. Desafortunadamente, esto hasta puede causar una depresión tan profunda y fuerte que puede llevar a patologías graves, o incluso al suicidio. Cabe decir que muchas personas adultas tampoco aceptan el envejecimiento, muy a menudo recurren a la cirugía estética, a un uso a veces excesivo de técnicas y medicamentos que pueden provocar consecuencias graves e irreversibles para el organismo. Todo esto de alguna forma se justifica, tanto en los jóvenes como en los adultos, aduciendo como justificación la obligación de tener que respetar unos cánones físicos impuestos por la sociedad para no ser excluidos; aunque es evidente que este justificante es bastante reductivo, trivial y obvio. Hay un malestar más radical que lleva a los jóvenes y a los adultos a no aceptar las imperfecciones de sus cuerpos o el envejecimiento que, en cambio, son un signo identitario y único como puede ser, por ejemplo, el carácter de cada uno. Este malestar nace de una profunda frustración que a menudo es generada e impulsada por una espantosa aridez del alma. Entonces es necesario entender, como enseña incansablemente la Iglesia católica, que lo que cuenta es la riqueza del alma de cada uno, de lo que ha vivido y de sus talentos. ¡No hay que tenerle miedo ni siquiera a la riqueza escondida detrás de las dudas!

Una fe adulta no es la que no se deja atravesar por las dudas, aunque fuera en un tiempo prolongado. Muchos santos nos ofrecen un ejemplo de ello, como madre Teresa de Calcuta que durante mucho tiempo vivió la noche oscura del alma: servía a los pobres, pero ya no veía en ellos a Cristo sufriente en la cruz. ¿Y qué hizo? ¿Dejó de hacer el bien? No, siguió haciéndolo sin descanso, sufriendo mucho en su alma, pero en silencio, sin presumir ese dolor profundo y constante. Las arrugas de santa Teresa de Calcuta tienen mucho que enseñarles a los jóvenes y adultos que no aceptan las pequeñas o grandes imperfecciones de sus cuerpos. Así como las manos llenas de llagas de Jesús. Es muy triste ver a chicos y chicas tan hermosos que estarían

dispuestos a lo que sea con tal de trabajar y tener éxito. ¿Dónde está su dignidad? ¿Dónde sus valores? ¿Qué es lo que cuenta de verdad en sus vidas? Volver a pensar en el concepto de belleza a la luz del Evangelio, significa darle la vuelta al pensamiento dominante. Pero esta convicción tiene que estar muy radicada, de lo contrario solo sería otra hipocresía más que impulsa un malestar dormido, pero profundo. Desafortunadamente, en la estrecha geografía católica muchas veces también tienen ciudadanía estas convicciones. En nuestras parroquias y comunidades puede pasar que alguien quede excluido de los grupos, especialmente entre los jóvenes, si no respeta ciertos cánones físicos. También es muy triste ver a curas que viven exaltando constantemente su físico. ¿Qué testimonio les ofrecen a los fieles de sus comunidades?

IV. LOS LAICOS EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

1. El laicado

El Vaticano II recuerda también que «no hay ley humana que pueda garantizar la dignidad personal y la libertad del hombre con la seguridad que comunica el Evangelio de Cristo, confiado a la Iglesia» (GS 41). Es un tema de gran actualidad, sobre todo a la luz de las crisis democráticas occidentales. Hay personas que apoyan con fuerza que la dimensión religiosa ahoga la libertad de los hombres. El cristianismo, como han recordado Benedicto XVI y Francisco, no es un listado de normas que hay que respetar fielmente, ni mucho menos; es el encuentro con la persona de Jesucristo, redentor de todos los hombres. Eso está a la base de una fe auténtica, que se convierte en una consagración total para quienes eligen el camino del sacerdocio o de la profesión religiosa. Pero, como ha enseñado el Vaticano II, la dimensión de los laicos en la Iglesia católica es fundamental. Un laicado comprometido, y no clerical, como ha remarcado más de una vez Bergoglio, puede, es más, debe fructificar en la Iglesia y debe trabajar constantemente para la evangelización. Se puede

ver, por ejemplo, en la posibilidad que las mujeres tienen de acceder a puestos en los ministerios del lectorado y del acolitado, querida por parte del papa Francisco con el *motu proprio Spiritus Domini* de 2021. Y también con la institución del ministerio laical del catequista, decidido también por Bergoglio con el *motu proprio Antiquum ministerium* del mismo año.

En *Spiritus Domini*, el papa recuerda que

[...] se ha llegado en los últimos años a una elaboración doctrinal que ha puesto de relieve cómo determinados ministerios instituidos por la Iglesia tengan como fundamento la condición común de ser bautizados y el sacerdocio real recibido en el sacramento del bautismo; estos son esencialmente distintos del ministerio ordenado recibido en el sacramento del Orden. En efecto, una práctica consolidada en la Iglesia latina ha confirmado también que estos ministerios laicos, al estar basados en el sacramento del bautismo, pueden ser confiados a todos los fieles idóneos, sean de sexo masculino o femenino.

Además, Bergoglio remarca que «una distinción más clara entre las atribuciones de los que hoy se denominan “ministerios no ordenados (o laicales)” y “ministerios ordenados” permite disolver la reserva de los primeros solo a los hombres». Y, haciendo suyas las palabras de san Juan Pablo II, el papa Francisco aclara que «si en lo que se refiere a los ministerios ordenados la Iglesia no tiene en absoluto la facultad de conferir la ordenación sacerdotal a las mujeres; para los ministerios no ordenados es posible, y hoy parece oportuno, superar esta reserva». El papa está convencido de que «ofrecer a los laicos de ambos sexos la posibilidad de acceder a los ministerios de acólito y lector en virtud de su participación en el sacerdocio bautismal, aumentará el reconocimiento, también a través de un acto litúrgico (institución), de la preciosa contribución que desde hace tiempo muchísimos laicos, también las mujeres, aportan a la vida y a la misión de la Iglesia». «Por estos motivos —añade Bergoglio— he considerado oportuno establecer que se puedan instituir como lectores o acólitos no solo hombres, sino también mujeres, en los cuales y en las cuales, mediante el discernimiento de los pastores y después de una adecuada prepara-

ción, la Iglesia reconoce la firme voluntad de servir fielmente a Dios y al pueblo cristiano, como está escrito en el *motu proprio Ministeria quaedam*, en virtud del sacramento del bautismo y de la confirmación. La decisión de conferir también a las mujeres estos cargos, que implican estabilidad, reconocimiento público y un mandato del obispo, hace más efectiva en la Iglesia la participación de todos en la obra de evangelización. Esto da lugar también a que las mujeres tengan una incidencia real y efectiva en la organización, en las decisiones más importantes y en la guía de las comunidades, pero sin dejar de hacerlo con el estilo propio de su impronta femenina».

2. El ministerio del catequista

En *Antiquum ministerium*, en cambio, el papa ha remarcado que el ministerio de catequista

[...] posee un fuerte valor vocacional que requiere el debido discernimiento por parte del obispo y que se evidencia con el Rito de Institución. En efecto, este es un servicio estable que se presta a la Iglesia local según las necesidades pastorales identificadas por el Ordinario del lugar, pero realizado de manera laical como lo exige la naturaleza misma del ministerio. Es conveniente que al ministerio instituido de catequista sean llamados hombres y mujeres de profunda fe y madurez humana, que participen activamente en la vida de la comunidad cristiana, que puedan ser acogedores, generosos y vivan en comunión fraterna, que reciban la debida formación bíblica, teológica, pastoral y pedagógica para ser comunicadores atentos de la verdad de la fe, y que hayan adquirido ya una experiencia previa de catequesis. Se requiere que sean fieles colaboradores de los sacerdotes y los diáconos, dispuestos a ejercer el ministerio donde sea necesario, y animados por un verdadero entusiasmo apostólico (n. 8).

Francisco, incluso cuando era cardenal arzobispo de Buenos Aires, siempre luchó contra la clericalización de los laicos y ha remarcado el valor que tiene la labor del catequista, sobre todo para frenar las carencias de los clérigos. Este es un proble-

ma ampliamente difundido en algunas zonas del planeta y que el Sínodo de los Obispos ya había abordado para la Amazonia de 2019. En efecto, Bergoglio recuerda que el Vaticano II afirmó que «en nuestros días, el oficio de los catequistas tiene una importancia extraordinaria porque resultan escasos los clérigos para evangelizar tantas multitudes y para ejercer el ministerio pastoral». Añade también que «el catequista no es un maestro o un profesor que cree que da una lección. La catequesis no es una lección; la catequesis es la comunicación de una experiencia y el testimonio de una fe que enciende los corazones, porque introduce el deseo de encontrar a Cristo. ¡Este anuncio de varias maneras y con diferentes idiomas es siempre el primero que el catequista está llamado a dar!».

No cabe duda —remarca el arzobispo Rino Fisichella— de que la institución de este ministerio, junto con el del acolitado y del lectorado, permitirá tener un laicado mejor formado y preparado en la transmisión de la fe. Los catequistas no pueden ser improvisados, porque el compromiso de transmitir la fe, además del conocimiento de sus contenidos, requiere un encuentro personal previo con el Señor. Quien ejerce el ministerio de catequista sabe que habla en nombre de la Iglesia y transmite la fe de la Iglesia. Esta responsabilidad no se puede delegar, sino que implica a cada uno personalmente. Este servicio, sin embargo, debe vivirse de forma «secular» sin caer en formas de clericalismo que empañen la verdadera identidad del ministerio, que debe expresarse no principalmente en el ámbito litúrgico, sino en el ámbito específico de la transmisión de la fe mediante el anuncio y la enseñanza sistemática. Es evidente que no todos los que hoy son catequistas podrán acceder al ministerio de catequista. Este ministerio está reservado a quienes cumplen ciertos requisitos que el *motu proprio* enumera. En primer lugar, el de la dimensión vocacional para servir a la Iglesia donde el obispo lo considere más cualificado. El ministerio no se da para la gratificación personal, sino para el servicio que se pretende prestar a la Iglesia local y a servicio de donde el obispo considere necesaria la presencia del catequista. No hay que olvidar que en diversas regiones donde la presencia de sacerdotes es nula o escasa, la figura del catequista es la de aquel que preside la comunidad y la mantiene arraigada en la fe.

V. GUIADOS POR EL ESPÍRITU DEL EVANGELIO

1. Trabajar por la unidad

Es importante remarcar lo que afirma la *Gaudium et spes* con respecto a la ayuda que la Iglesia tiene previsto conceder a la sociedad humana, especialmente sobre el tema de la unidad:

Las energías que la Iglesia puede comunicar a la actual sociedad humana radican en esa fe y en esa caridad aplicadas a la vida práctica. No radican en el mero dominio exterior ejercido con medios puramente humanos. Como, por otra parte, en virtud de su misión y naturaleza, no está ligada a ninguna forma particular de civilización humana ni a sistema alguno político, económico y social, la Iglesia, por esta su universalidad, puede constituir un vínculo estrechísimo entre las diferentes naciones y comunidades humanas, con tal de que estas tengan confianza en ella y reconozcan efectivamente su verdadera libertad para cumplir tal misión. Por esto, la Iglesia advierte a sus hijos, y también a todos los hombres, a que con este familiar espíritu de hijos de Dios superen todas las desavenencias entre naciones y razas y den firmeza interna a las justas asociaciones humanas. El Concilio aprecia con el mayor respeto cuanto de verdadero, de bueno y de justo se encuentra en las variadísimas instituciones fundadas ya o que incesantemente se fundan en la humanidad. Declara, además, que la Iglesia quiere ayudar y fomentar tales instituciones en lo que de ella dependa y puede conciliarse con su misión propia. Nada desea tanto como desarrollarse libremente, en servicio de todos, bajo cualquier régimen político que reconozca los derechos fundamentales de la persona y de la familia y los imperativos del bien común (GS 42).

En este espíritu se entiende, por ejemplo, la propuesta de mediación del papa para que acabe la guerra en Ucrania y, más en general, la obra de pacificación de la Santa Sede entre pueblos y países en guerra. La solución de los conflictos, sean de la naturaleza que sean y entre las personas que sean, es un objetivo primario de la Iglesia católica a la luz del Evangelio, que es un mensaje de paz para todos los hombres. Ella no solo pide que en

todos los países del mundo haya libertad religiosa, sino que apoya el reconocimiento de todos los derechos de cada ciudadano. Los llamamientos de los pontífices hacia esta dirección constituyen una parte considerable y fundamental de su magisterio y se intensifican sobre todo en los viajes en aquellos países donde todas o algunas de las libertades están negadas. La voz autoritaria y libre del papa, que habla en nombre de aquella Iglesia «experta en humanidad», como dijo san Pablo VI en su célebre discurso a las Naciones Unidas el 4 de octubre de 1965, siendo el primer pontífice que tomó la palabra en aquella asamblea, es la mayor garantía para todos los pueblos que sufren por las injustas limitaciones a sus derechos. De hecho, la exigencia de un estado independiente y soberano como Ciudad del Vaticano, nacido por deseo de Pío XI el 11 de febrero de 1929 cuando se firmaron los Pactos Lateranenses entre el que entonces era cardenal secretario del estado, Pietro Gasparri, y el primer ministro italiano de aquella época, Benito Mussolini, le otorga al obispo de Roma la total autonomía en el desarrollo de su misión apostólica.

2. Los deberes de este mundo

La constitución *Gaudium et spes*, además, exhorta «a los cristianos [...] a cumplir con fidelidad sus deberes temporales, guiados siempre por el espíritu evangélico» (GS 43). En efecto, no puede existir ningún cristiano que no sea también un ciudadano ejemplar, respetuoso de las normas cívicas de la convivencia pacífica entre los hombres, comprometido en el cuidado de la creación. Sobre este tema, Francisco ha sido inspirador y revelador con sus dos encíclicas sociales, *Laudato si'* y *Fratelli tutti*. El Vaticano II remarca con fuerza que los que creen que, teniendo como rumbo final la Jerusalén celeste, pueden por esta razón descuidar sus deberes en este mundo, se equivoca; sin entender que es justo la fe quien le obliga a cumplirlos mucho más detenidamente. Todo esto tampoco significa sumergirse tanto en las actividades de este mundo como si fueran otra cosa con respecto a la vida religiosa. En efecto, esta no consiste exclusivamente en actos de culto y en el cumplimiento de unos deberes morales.

El Concilio destaca que «el divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época» (GS 43). Un creyente siempre tiene que vivir su fe en casa, en la escuela, en el trabajo y no solo cuando se dedica a las actividades pastorales y de culto. Es impensable un divorcio entre la vida estrictamente religiosa y el resto de sus actividades, casi como si su ser cristiano no impregnara su existencia entera. Desafortunadamente, es verdad que somos testigos de verdaderos antitestimonios, muchas veces por parte de quienes han tomado una decisión radical en la consagración sacerdotal o religiosa también. Pero, en detrimento de algunos ejemplos negativos que todavía permanecen, hay numerosos testimonios radiantes de creyentes que viven su credo con coherencia. A menudo en silencio y fuera de los focos.

El Vaticano II exhorta a que «no se creen, por consiguiente, oposiciones artificiales entre las ocupaciones profesionales y sociales, por una parte, y la vida religiosa por otra. El cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el prójimo; falta, sobre todo, a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su eterna salvación» (GS 43). Es tan fuerte el testimonio de los laicos comprometidos que viven siempre fielmente su fe, es más fuerte que cualquier otro anuncio evangélico hecho con palabras, muy a menudo redundantes e hipócritas. Como remarcó Benedicto XVI en su primera encíclica, *Deus caritas est*, «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (DCE 1).

3. Pastores y fieles

Es importante el diálogo que tiene que haber entre los fieles y sus pastores. Es un enriquecimiento constante que impulsa la vida de la fe de ambos y tiene como finalidad el vivir a la luz del Evangelio. Aunque, como recuerda la *Gaudium et spes*, los fieles no deben pensar «que sus pastores están siempre en condiciones de poderles dar inmediatamente solución concreta en to-

das las cuestiones, aun graves, que surjan. No es esta su misión. Cumplen más bien los laicos su propia función con la luz de la sabiduría cristiana y con la observancia atenta de la doctrina del magisterio». La exhortación del Concilio es la de intentar «siempre hacerse luz mutuamente con un diálogo sincero, guardando la mutua caridad y la solicitud primordial por el bien común». Esta cooperación fecunda es fundamental para la Iglesia católica: «a nadie —aclara otra vez el Vaticano II— le está permitido reivindicar en exclusiva a favor de su parecer la autoridad de la Iglesia» (GS 43).

En efecto, para crecer (y no solo en la vida de la fe) es necesaria una relación osmótica entre todos los miembros de la institución eclesial. Lo que enseña la eclesiología del Vaticano II no debe ser subestimada sobre todo por parte de aquellos pastores que por desgracia a día de hoy todavía causan una ruptura entre clérigos y laicos. De hecho, esta diferenciación puede afectar de manera muy grave el gobierno de una Iglesia particular, llevando la autoridad eclesial a tomar decisiones completamente equivocadas, basadas en prejuicios. La reforma litúrgica del Concilio eliminó las barandillas, elementos de separación entre el presbiterio y la asamblea. Esa eliminación no tiene que ver simplemente con un elemento arquitectónico o con un aspecto funcional de la liturgia, con el sacerdote solitario dirigido *ad Orientem* y los fieles como simples espectadores de la celebración; sino que es un cambio radical que involucra toda la relación entre consagrados y laicos. No existe y no tiene que existir ninguna barrera, pero ambas realidades, según los deberes de cada una, tienen que caminar juntas y en la misma dirección para el anuncio evangélico. Este anuncio tiene que convertirse siempre más en un testimonio auténtico, es decir más creíble, por parte de ambos. Solo de esta manera se puede producir un enriquecimiento constante y recíproco.

Lo explica de forma muy clara la *Gaudium et spes*:

Los laicos, que desempeñan parte activa en toda la vida de la Iglesia, no solamente están obligados a cristianizar el mundo, sino que además su vocación se extiende a ser testigos de Cristo en todo momento en medio de la sociedad humana. Los obispos, que han recibido la misión de gobernar a la Iglesia de Dios,

prediquen, juntamente con sus sacerdotes, el mensaje de Cristo, de tal manera que toda la actividad temporal de los fieles quede como inundada por la luz del Evangelio. Recuerden todos los pastores, además, que son ellos los que con su trato y su trabajo pastoral diario exponen al mundo el rostro de la Iglesia, que es el que sirve a los hombres para juzgar la verdadera eficacia del mensaje cristiano. Con su vida y con sus palabras, ayudados por los religiosos y por sus fieles, demuestren que la Iglesia, aun por su sola presencia, portadora de todos sus dones, es fuente inagotable de las virtudes de que tan necesitado anda el mundo de hoy. Capacítense con insistente afán para participar en el diálogo que hay que entablar con el mundo y con los hombres de cualquier opinión (GS 43).

San Ignacio de Antioquía enseñaba que «es mejor ser cristianos sin decirlo, que proclamarlo sin serlo». Esto desafortunadamente ha sido evidente a lo largo de la vida de la Iglesia de Roma. Lo denunció con fuerza Ratzinger, que entonces era cardenal, en la meditación de la novena estación del viacrucis del Viernes Santo de 2005 en el Coliseo:

Pero, ¿no deberíamos pensar también en lo que debe sufrir Cristo en su propia Iglesia? En cuántas veces se abusa del sacramento de su presencia, y en el vacío y maldad de corazón donde entra a menudo. ¡Cuántas veces celebramos solo nosotros sin darnos cuenta de él! ¡Cuántas veces se deforma y se abusa de su Palabra! ¡Qué poca fe hay en muchas teorías, cuántas palabras vacías! ¡Cuánta suciedad en la Iglesia y entre los que, por su sacerdocio, deberían estar completamente entregados a él! ¡Cuánta soberbia, cuánta autosuficiencia! ¡Qué poco respetamos el sacramento de la reconciliación, en el cual él nos espera para levantarnos de nuestras caídas! También esto está presente en su pasión (*Obras completas*. IV: *Introducción al cristianismo*, Madrid 2018, 828).

4. Mea culpa

Han sido muchos los mea culpa por los pecados de los cristianos pronunciados por san Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco. En el contexto del Gran Jubileo de 2000, Wojtyła quiso que hubiese una jornada del perdón:

¡Perdonemos y pidamos perdón! A la vez que alabamos a Dios, que, en su amor misericordioso, ha suscitado en la Iglesia una cosecha maravillosa de santidad, de celo misionero y de entrega total a Cristo y al prójimo, no podemos menos de reconocer las infidelidades al evangelio que han cometido algunos de nuestros hermanos, especialmente durante el segundo milenio. Pidamos perdón por las divisiones que han surgido entre los cristianos, por el uso de la violencia que algunos de ellos hicieron al servicio de la verdad, y por las actitudes de desconfianza y hostilidad adoptadas a veces con respecto a los seguidores de otras religiones. Confesemos, con mayor razón, nuestras responsabilidades de cristianos por los males actuales. Frente al ateísmo, a la indiferencia religiosa, al secularismo, al relativismo ético, a las violaciones del derecho a la vida, al desinterés por la pobreza de numerosos países, no podemos no preguntarnos cuáles son nuestras responsabilidades. Por la parte que cada uno de nosotros, con sus comportamientos, ha tenido en estos males, contribuyendo a desfigurar el rostro de la Iglesia, pidamos humildemente perdón. Al mismo tiempo que confesamos nuestras culpas, perdonemos las culpas cometidas por los demás contra nosotros. En el curso de la historia los cristianos han sufrido muchas veces atropellos, prepotencias y persecuciones a causa de su fe. Al igual que perdonaron las víctimas de dichos abusos, así también perdonemos nosotros. La Iglesia de hoy y de siempre se siente comprometida a purificar la memoria de esos tristes hechos de todo sentimiento de rencor o venganza. De este modo, el jubileo se transforma para todos en ocasión propicia de profunda conversión al Evangelio. De la acogida del perdón divino brota el compromiso de perdonar a los hermanos y de reconciliación recíproca.

El Vaticano II también recuerda que

[...] aunque la Iglesia, por la virtud del Espíritu Santo, se ha mantenido como esposa fiel de su Señor y nunca ha cesado de ser signo de salvación en el mundo, sabe, sin embargo, muy bien que no siempre, a lo largo de su prolongada historia, fueron todos sus miembros, clérigos o laicos, fieles al espíritu de Dios. Sabe también la Iglesia que aún hoy día es mucha la distancia que se da entre el mensaje que ella anuncia y la fragilidad humana de los mensajeros a quienes está confiado el Evangelio. Dejando a un lado el juicio de la historia sobre estas deficiencias, debemos, sin embargo, tener conciencia de ellas y combatirlas

con máxima energía para que no dañen a la difusión del Evangelio. De igual manera comprende la Iglesia cuánto le queda aún por madurar, por su experiencia de siglos, en la relación que debe mantener con el mundo. Dirigida por el Espíritu Santo, la Iglesia, como madre, no cesa de exhortar a sus hijos a la purificación y a la renovación para que brille con mayor claridad la señal de Cristo en el rostro de la Iglesia (GS 43).

VI. IGLESIA Y MUNDO ACTUAL

1. En las persecuciones

La relación osmótica entre clérigos y laicos tiene que subsistir también entre Iglesia y mundo contemporáneo. Esto es el corazón de la constitución *Gaudium et spes*, pero también del mismo espíritu que le dio vida al Vaticano II, tanto en su convocación querida por san Juan XXIII como en su actuación llevada a cabo con valor y determinación por san Pablo VI. En efecto, no se puede negar que, tal y como afirma la *Gaudium et spes*, la Iglesia también recibe la ayuda del mundo contemporáneo. La relación de doble sentido entre estas dos realidades es valiosa e insustituible para la realización del bien común: «Interesa al mundo —afirma el Concilio— reconocer a la Iglesia como realidad social y fermento de la historia. De igual manera, la Iglesia reconoce los muchos beneficios que ha recibido de la evolución histórica del género humano. La experiencia del pasado, el progreso científico, los tesoros escondidos en las diversas culturas, permiten conocer más a fondo la naturaleza humana, abren nuevos caminos para la verdad y aprovechan también a la Iglesia». Señala también algo muy importante: «la Iglesia confiesa que le han sido de mucho provecho y le pueden ser todavía de provecho la oposición y aun la persecución de sus contrarios» (GS 44). El cardenal Giacomo Biffi habló de unos conceptos muy parecidos en la homilía de la misa de su ochenta cumpleaños: «La casualidad es solo un disfraz, es el disfraz que Dios se pone para dar un paseo de incógnito por las calles del mundo. Un Dios que estudia la manera de no deslumbrarnos con su omnipotencia y con

su esplendor y se disfraza de casualidad». Es interesante volver a leer también lo que afirmaba el entonces cardenal Bergoglio en las congregaciones generales que precedían al cónclave de 2013 en el que se le eligió como siguiente papa: «Evangelizar supone celo apostólico. Evangelizar supone en la Iglesia la *parresía* de salir de sí misma. La Iglesia está llamada a salir de sí misma e ir hacia las periferias, no solo las geográficas, sino también las periferias existenciales: las del misterio del pecado, las del dolor, las de la injusticia, las de la ignorancia y prescindencia religiosa, las del pensamiento, las de toda miseria. Cuando la Iglesia no sale de sí misma para evangelizar deviene autorreferencial y entonces se enferma (cf. La mujer encorvada sobre sí misma del Evangelio). Los males que, a lo largo del tiempo, se dan en las instituciones eclesiales tienen raíz de autorreferencialidad, una suerte de narcisismo teológico. En el Apocalipsis Jesús dice que está a la puerta y llama. Evidentemente el texto se refiere a que golpea desde fuera la puerta para entrar... Pero pienso en las veces en que Jesús golpea desde dentro para que le dejemos salir. La Iglesia autorreferencial pretende a Jesucristo dentro de sí y no lo deja salir». Como enseña un antiguo dicho de Nápoles: «Se po' campá senza sapé pecché, ma non se po' campá senza sapé pecchi» (se puede vivir sin saber por qué, pero no se puede vivir sin saber por quién). Para un cristiano la respuesta solo puede ser una: Jesucristo.

2. El reto de la indiferencia religiosa

El cardenal Michele Giordano lo señaló en su último escrito: «Entre muchos problemas que la Iglesia está enfrentando, uno de los más graves es el de la indiferencia religiosa. Es un fenómeno muy complejo, que no es fácil de entender». El purpurado se preguntaba:

¿Qué se puede hacer para solucionar los graves problemas pastorales que este fenómeno le plantea a la Iglesia y a los cristianos de hoy? Se trata, ante todo, de tomar conciencia de que la indiferencia religiosa es un fenómeno postcristiano, por lo

menos en el mundo occidental. Es decir, los indiferentes son personas que no consideran novedoso el mensaje católico, porque afirman que ya han tenido una experiencia cristiana. En realidad, creen que conocen el mensaje cristiano, mientras el conocimiento que tienen de él es extremadamente superficial y fragmentario. Piensan haber tenido una experiencia tan profunda del cristianismo como para considerarlo inútil y sin sentido, mientras su experiencia, en la mayoría de los casos, ha sido solo exterior y ritualista; se han limitado a recibir algunos sacramentos, sin una seria preparación catequística y espiritual, y a presenciar, sin verdadera participación interior, algunos ritos o manifestaciones religiosas de origen más o menos folclórica. Esto hace bastante difícil ofrecerles a los indiferentes el mensaje cristiano y llevarlos a hacer una verdadera experiencia religiosa. Especialmente porque, muy a menudo, a la indiferencia religiosa se asocia un sentido de aversión, de repulsión y, algunas veces, hasta de rencor hacia la Iglesia y los hombres de Iglesia, sobre todo si en el pasado estas personas tuvieron experiencias contradictorias o presenciaron conductas escandalosas. Este hecho empeora la situación, porque despoja la Iglesia de la credibilidad que necesita para anunciar el Evangelio. Si esta es, más o menos, la situación en la que la Iglesia tiene que actuar hoy en día, dos cosas parecen inaplazables: encontrar nuevas maneras de anunciar el mensaje cristiano, para que resulte interesante también para los que no están sensibilizados con el problema religioso, poniendo en releve la auténtica «novedad» del mensaje evangélico; crear formas nuevas de vida cristiana con mucha participación personal, en las que sea posible tener una verdadera experiencia de Dios y de Cristo.

Sin embargo —prosigue el cardenal— el problema que la Iglesia tiene que plantearse con más agudeza, sobre todo frente a la incredulidad e indiferencia religiosa del mundo moderno, es el asunto de su credibilidad. En efecto, no se puede no tener en cuenta que muchas personas hoy no creen de Dios o se alejan de él, llegando a ser religiosamente indiferentes por el antitestimonio que los cristianos, pero sobre todo los llamados «hombres de Iglesia» (sacerdotes y religiosos) dan al Evangelio que anuncian. No hace falta detenerse sobre cuánta falsedad y exageración hay detrás de algunas acusaciones y generalizaciones. Tampoco nos preguntaremos si los cargos levantados contra la Iglesia son simplemente una coartada o un pretexto para justificar delante de la conciencia de cada uno el mal que se hace

o el bien que no se quiere hacer. Nos conformamos con constatar que, con razón o no, nuestra forma incoherente de vivir la fe hoy es piedra de tropiezo para mucha gente, un «escándalo» (según el sentido literal de esta palabra). Esto nos obliga todos a un serio examen de conciencia. En la economía divina, la Iglesia es «sacramento de salvación», es decir signo e instrumento de la acción redentora y salvadora de Cristo y de su presencia entre los hombres. La Iglesia no se limita a predicar, sino que manifiesta a Cristo, lo hace visible y presente entre los hombres en su palabra y en sus sacramentos. Por lo tanto, no tiene que ser un signo oscuro ni de difícil decodificación —entonces, ¿seguiría siendo un signo?— pero claro y transparente. Sobre todo, tiene que ser un signo «creíble», dando a los hombres de nuestro tiempo de manera inconfundible el testimonio evangélico de desapego del dinero y de los bienes de este mundo, de desapego del poder y de todo lo que lo otorga o lo mantiene; es decir, un testimonio de pobreza, de desinterés, de humildad, de sinceridad, de pureza, de caridad. En realidad, sobre la «credibilidad» de la Iglesia se juega buena parte del destino religioso de muchos hombres de nuestro tiempo. Por esta razón, todos los cristianos, y en especial los sacerdotes y los religiosos, no puede no construir una razón de seria reflexión y un empuje bastante fuerte hacia la santidad. Solo los santos, es decir: los verdaderos cristianos, son signos que hablan de la presencia de Cristo entre los hombres y de la fuerza y fecundidad de su Evangelio. Los Santos, con sus palabras de fuego y con sus vidas pobres, humildes y puras, consiguen de verdad afectar el muro de la indiferencia religiosa, de la incredulidad y de la hostilidad hacia Dios y la Iglesia, mejor de lo que se pueda obtener con todos los demás medios de la ciencia y de la razón. En efecto, los santos no comunican directamente la luz, sino que siempre suscitan un interrogante en quienes hablan con ellos.

Ahora —termina el cardenal— este es el verdadero problema de la indiferencia religiosa: la ausencia de preguntas, de dudas, de alteración con respecto al problema religioso. No se puede tener un encuentro con Dios si, aunque fuera de manera oscura e implícita, no se desea encontrarse con él. Dios no es algo, un objeto; es una persona, y la única relación que se puede establecer con él es entre persona y persona, basada en la libre aceptación del otro. Si previamente no se percibe la riqueza que Dios constituye por el hombre (y del vacío que los seres humanos llevan dentro y que no pueden llenar con sus fuerzas)

no puede haber deseo de Dios, interés por el problema religioso como problema «vital». Por lo tanto, si la primera preocupación que una pastoral de la indiferencia religiosa tiene que plantearse es suscitar interrogativos religiosos y la necesidad de tener un encuentro con Dios, está claro que el camino a seguir, más allá de la coherencia de la vida cristiana, es el de enseñar a los indiferentes que el problema religioso es un problema «vital», es más, es el problema mismo del «sentido de la vida». De hecho, la vida humana no tiene «sentido» completo si no es en Dios y en Cristo, quienes, contestando a las preguntas cruciales que cada hombre se cuestiona sobre su destino, «ha hecho irradiar vida por medio del Evangelio» (2 Tim 1,10).

Las palabras visionarias del cardenal Giordano alumbran el camino eclesial destacando el reto principal de la Iglesia del tercer milenio. El cardenal Carlo Maria Martini ya había exhortado a no leer la historia con las categorías de creyentes y no creyentes, sino con las de pensantes y no pensantes. El problema de la indiferencia religiosa, en cambio, hoy y cada día más, es el verdadero reto al que hay que responder de forma urgente e incluso creíble.

